
EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

Rápida y desordenadamente he pasado revista a algunos aspectos de la prosa mironiana que podrían considerarse como provocados por la refinada sensualidad del autor.

Cabría volver ahora a uno de los puntos de partida de este ensayo: el del discutido interés novelesco de la obra de Miró, el del fenómeno de desnovelización en ella advertible.

Señalé ya cómo el escritor parece realmente incapaz de prestar auténtica atención a los problemas de sus criaturas novelescas, que sólo le atraen sensorialmente, casi—habría que pensar—como unos objetos más de esa naturaleza, de esos paisajes que tan gratos resultan al autor y con los que quisiera fundirse, haciéndolos suyos con todos los sentidos.

Me parece que lo que Miró dice en un pasaje de *Años y leguas*, glosando las flaubertianas tentaciones de San Antonio, contiene toda una actitud y casi un credo estético:

Las venas duras de San Antonio—del San Antonio de Flaubert—se le engordan y atirantan casi a punto de romperse, por el deseo de volar, nadar, bramar, mugir... Quisiera tener alas, corteza, concha, garfa, trompa; retorcerse, desmenuzarse, sentirse en todo, ser todo; desarrollarse como las plantas, correr en el agua, exhalar en los sonidos y en los olores, resplandecer en la luz, encogerse bajo todas las formas, descender hasta el fondo de la materia; ser la materia. Esta fué la postrera tentación de Antonio, lo que sólo pudo resistir persignándose y rezando (Págs. 980-981).

¿No parece sentirse también esa tentación en las obras de un Miró que, a cada instante, desearía disolverse en el paisaje o, diciéndolo mejor, desearía que éste se hiciera carne suya, se incorporase a él en una simbiosis en la que desaparecieran los límites entre hombres y naturaleza?

Por eso—como hemos visto ya—los hombres, para Miró, por cargados que puedan ir con sus problemas, con sus pasiones, son también—y para el artista casi parece esto lo más importante—gestos, actitudes, lenguaje. Miró está más aten-

